EPITAFIO DE UN FUGAZ

Entonces, al ver el horizonte siendo velado por la futura luz de lo que vendría, el hombre comprendió que su vida estaba por acabar.

Y, por supuesto, lo asalto la desesperación.

Lo primero que hizo, arrancado de algún sueño imposiblemente nítido, fue intentar desentrañar exactamente cuánto tiempo le quedaba. Era, desde luego, una tarea imposible, pero no por ello le parecía menos necesaria para poder sobrellevar lo que vendría. Busco primero contar sus latidos: uno, y dos, y tres. Y uno, y dos, y tres.

Y uno, y dos, y tres.

Pero eso no le decía nada. Se dijo que, tal vez, tenía con suerte mil latidos hasta que todo terminara. Era un número inexacto, que suponía probable. Si eran mil los latidos que tenía, ya había perdido mucho tiempo de cualquier forma intentando contarlos. Quedaba ver lo más importante: que debía hacer con tan poca vida.

Y entonces los ojos del hombre se posaron en la hoja, en la hoja y en la pluma, en la pluma y en el tintero. Y tomo la pluma, con calma fingida, y la mojo en el tintero, y la apoyo sobre la hoja formando un punto que se ensanchaba humedeciendo la superficie lisa, sin más, creciendo como una corrupción nocturna.

No había sonidos. Arrastro ese punto, y formo palabras.

*“Yo soy”*

Pero, ¿Cómo seguir aquello? ¿Quién era él? ¡Si acaso el era un nombre, y nada más! Podría haber tenido mil apodos distintos, mil combinaciones de letras que no significaban nada.

No, claro que no. Tacho lo anterior, y volvió a mojar la pluma con prisa. El tiempo se le agotaba. Necesitaba persistir. Debía mostrar, al futuro, que era lo que había hecho. Él era una acción, algún aroma, algo de ese estilo. Asi lo reconocerían y no con un nombre.

*“Yo hice…”*

Pero el corazón se le contrajo entonces, y volvió a tachar con prolijidad. No tenía sentido. Nadie iba a reconocerlo por existir, y su escritura no perduraría lo suficiente. Aun si inventara un nombre, y una idea, ¿no harían otros lo mismo? Difícil era creer que él era el primero. Tenía que buscar perdurar de otra forma, aprovechar bien esos mil latidos. Antes de desaparecer, algo tenía que quedar de su ser.

Arrastro de nuevo la misma tachadura, creando un círculo. Pensó en dibujar su rostro, pero aun no podía verlo. Para verlo tenía que salir de allí, dirigirse al agua fresca del rio y ver su reflejo, y aquello podría tomarle unos quinientos latidos, quien sabía cuántos, era una pérdida de tiempo. Además, ¿Qué significaría eso para el futuro? Un rostro, otro rostro, mil rostros distintos, una masa amorfa que no representaba nada.

El sudor resbalo por su frente, helado. Lo limpio con una mano, y jugó con la pluma. Necesitaba perdurar más, mantenerse entre los cantos de la noche. Necesitaba dejar una frase perfecta, algo con lo que lo recordaran. ¡Pero mil latidos…! ¡Mil latidos no eran nada, no eran ni el zumbido de una mosca! ¡Qué vida cruel, que tortura eterna era la que representaba tal brevedad! Rayo el papel de lado a lado, furioso, sintiendo esos latidos repetirse. Se acababan. Su existencia se le esfumaba de las manos.

*“Yo”*

Lo escribió del otro lado, pensando en un nuevo inicio. Él. Era él, y existía. Eso debía significar algo, ¿no era cierto? Era una oración que debía decirle algo alguien, pero se dio cuenta enseguida que mas bien no afirmaba nada, no perpetuaba nada que lo caracterizara. Era algo vacio, similar a nombrar a un dios. Mil latidos, retumbantes, como tics tac de reloj, y esa desesperación ahondada, calándole los huesos, haciéndolo encogerse y maldecir, si tan solo fueran dos mil, o tres mil, o más, si tan solo existiera algo que escribir que lo pudiera ascender a los cielos del conocimiento, alguna idea propia o significativa, algún sentido oculto que desentrañar en la oscuridad de la noche.

Quedo arrugado, pequeño, envuelto en lágrimas que bañaron el papel y lo hicieron una mancha gris, difusa, un arte abstracto difícil de imitar. Pasó tiempo, pero no supo cuanto. Ya no contaba los latidos, ya no tenían sentido para él.

Abrió los ojos luego, secándoselos y apenas dio un vistazo a la hoja. Algo lo llamaba, una melodía silenciosa desde la brisa de afuera. Salió entonces, caminando como un anciano y entre las sombras se acurruco, entre las piedras, y vio la noche desde abajo y a las estrellas que lo guardaban, y oyó el fluir de las aguas al fondo de todo, y sintió el mundo que le rodeaba y todo fue calmo.